

# Genealogía accidentada de un «gran acontecimiento»

Thomas Wieder

Uno ya era presidente y pretendía seguir siéndolo, el otro solo era candidato a la presidencia pero ya se veía en el Elíseo. Aquel 11 de noviembre, sin embargo, Nicolas Sarkozy y François Hollande tuvieron la misma idea: recordar en público el centenario de la Gran Guerra. Era para ambos la forma de proyectarse en la legislatura que estaba por venir, seis meses antes de enfrentarse en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales. Una manera hábil de anunciar su ambición común anticipándose, con tres años de adelanto, a una conmemoración que tan solo uno de ellos presidiría.

¿Qué dijeron ese día? En el acto de inauguración del Museo de la Gran Guerra de la región de Meaux (Seine-et-Marne), en el corazón del feudo de Jean-François Copé, presidente de la UMP, Nicolas Sarkozy declaró que el centenario debía ser, a su juicio, un «gran acontecimiento», «una gran cita común para todos los franceses». En ese preciso momento, 200 kilómetros más al este, en la necrópolis nacional del bosque de la Gruerie (Marne), François Hollande se expresaba en los mismos términos. También él habló de un «gran acontecimiento». Y también él explicó, ante los representantes socialistas locales llegados para apoyar su candidatura a la presidencia, que este aniversario debía ser un «momento de unidad nacional». A simple vista, por tanto, dos discursos muy similares.

No obstante, analizándolos más de cerca, veremos que ese 11 de noviembre de 2011 se esbozaron dos visiones distintas del papel del centenario de la Gran Guerra. A diferencia de su adversario, François Hollande explicó que el centenario debía «abrir una nueva etapa de concertación nacional y de reconciliación internacional». Nicolas Sarkozy, al contrario, insistió en la dimensión francesa del aniversario, fusionándolo además con una retórica religiosa. «Deseo, señaló, que este centenario sea [...] un momento de recogimiento y de reflexión sobre nuestro pasado, pero también un momento de fe en la grandeza de nuestro destino colectivo.» Reminiscencias de un ideal internacionalista de un lado, preponderancia de mística patriótica del otro: detrás de las semejanzas, ese día se expresaron dos lecturas dispares de un mismo pasado, fiel una a los fundamentos de la izquierda, la otra a los de la derecha.

¿Qué hacer en 2014? ¿Cómo conmemorar el centenario de la Gran Guerra? ¿Qué sentido dar al acontecimiento? ¿Qué función asignarle? Como Nicolas Sarkozy abandonó el Elíseo en 2012 nunca sabremos qué respuestas concretas hubiera dado a estas preguntas. François Hollande, por el contrario, ha dado ya gran parte de las suyas. Se hicieron públicas tras el Consejo de Ministros del 19 de junio de 2013, durante el cual el ministro delegado de Antiguos Combatientes Kader Arif había presentado una comunicación sobre las «conmemoraciones de las dos guerras mundiales».

El hecho de que el gobierno decidiera integrar el centenario de la Gran Guerra en un marco mucho más amplio, el de las conmemoraciones de los dos conflictos mundiales, no es anodino. No parecía evidente: en un principio, el centenario se había concebido como un acontecimiento autónomo y las primeras reflexiones relativas a su organización, a finales de la legislatura de Nicolas Sarkozy, no lo relacionaban con ningún otro acontecimiento. Fue necesario esperar hasta el otoño de 2012 para que François Hollande decidiera enlazarlo con otra conmemoración, el setenta aniversario de la Liberación.

A simple vista, es una decisión de sentido común. Así la justifica además el gobierno, que apela a la necesidad del Estado de «coordinar» dos ciclos conmemorativos tan ricos en número de ceremonias como importantes desde un punto de vista simbólico. Hay que decir que la decisión sorprendió, que, en un primer momento, algunos se mostraron inquietos y que esta inquietud ha pesado sobre la forma en que el gobierno ha elaborado posteriormente su hoja de ruta para el 2014.

La historia de esta génesis accidentada, marcada tanto por auténticos debates de fondo como por las rivalidades personales más banales es la que vamos a reconstruir aquí. Una historia que recuerda igualmente lo que tiene de fundamentalmente político toda «política de la memoria». En este sentido, la preparación del centenario de la Gran Guerra es esclarecedora. Impulsada por Nicolas Sarkozy y arbitrada después por François Hollande, dice mucho sobre estos dos presidentes, ya sea sobre su visión de la historia nacional o, más ampliamente, sobre su forma de ejercer el poder.

## MARZO DE 2011: NICOLAS SARKOZY SE ADUEÑA DEL CENTENARIO

Elegido en mayo de 2007 por cinco años, Nicolas Sarkozy no tenía a priori ninguna razón para preocuparse por la organización de un aniversario previsto para 2014. No fue así. Siguiendo el ejemplo de François Mitterrand, quien no esperó a las elecciones presidenciales de 1988 para planear la preparación del bicentenario de la Revolución Francesa, el antiguo presidente de la República se interesó desde 2011 por el centenario de la Gran Guerra, previsto para dos años después del fin de su mandato.

Todo empieza el 23 de marzo de 2011. Ese día, Nicolas Sarkozy encarga a Joseph Zimet, adjunto de dirección en la Dirección para la Memoria, el Patrimonio y los Archivos (DMPA) en el Ministerio de Defensa y de Antiguos Combatientes, la redacción de un informe centrado en «la preparación de esta gran cita de la memoria» que constituye, a su parecer, «el centésimo aniversario del estallido de la Primera Guerra Mundial».

Joseph Zimet, de 37 años y un desconocido para el gran público a no ser como marido de Rama Yade, ministra de Nicolas Sarkozy entre 2007 y 2010, no es elegido al azar. Historiador de formación, había demostrado sus capacidades unos meses antes organizando en el seno de la DMPA los actos del septuagésimo aniversario del llamamiento del 18 de junio de 1940. Hombre bien relacionado, con una densa agenda de contactos, que mantiene estrechas relaciones con la administración, la universidad y la prensa, tiene el don de gentes necesario para llevar a buen puerto una misión como esta. Sus amistades entre la izquierda lo hacen igualmente valioso. Y este no es un aspecto menor: tras las polémicas suscitadas por el debate sobre la «identidad nacional» y el proyecto de Casa de la Historia de Francia, Nicolas Sarkozy sabe que no le interesa crispar aún más sus relaciones con el mundo intelectual. Con Joseph Zimet, cuyo nombre propuso Henri Guaino, su consejero especial, el presidente puede estar tranquilo.

La carta de poco más de un folio que Nicolas Sarkozy dirige a Joseph Zimet aquel 23 de marzo de 2011 es interesante por dos razones. En primer lugar, porque da una idea del sentido que el por entonces Presidente pretendía dar a la conmemoración de un acontecimiento sobre el que se había pronunciado poco con anterioridad.<sup>1</sup> Más allá de las fórmulas estereotipadas sobre la Gran Guerra, ese «hito fundador de nuestra historia contemporánea» que dio lugar a «terribles sacrificios realizados por nuestro país» y a importantes «convulsiones geopolíticas», hay un pasaje que merece la pena destacar: «El año 1914 fue también un momento de unión y de cohesión nacional que los franceses no han olvidado. Por ello, llegado el momento, con el conjunto de los franceses y con nuestros principales socios extranjeros, los poderes públicos deberán conmemorar esta importante fecha de nuestra historia nacional y de la historia europea y mundial.» El mensaje está claro: el centenario debe despertar el recuerdo de un «momento de unión y cohesión nacional». Para Nicolas Sarkozy, la Gran Guerra es ante todo la «unión sagrada». Volveremos a encontrar este tono en su discurso de Meaux, el 11 de noviembre de 2011.

Segundo aspecto interesante de la misiva: lo que nos dice del papel que el antiguo Jefe de Estado quería desempeñar en la organización del centenario. «Junto con la valoración de las acciones ya proyectadas, su informe me propondrá elementos de reflexión para organizar el calendario de las conmemoraciones del año 2014, y formulará propuestas concretas en cuanto a la gobernanza de los preparativos del centenario. Deberá remitirme el informe a más tardar antes del verano de 2011», precisa Nicolas Sarkozy a Joseph Zimet. Considerando desde

un primer momento que una conmemoración de tanta envergadura es tarea del presidente de la República en persona, Nicolas Sarkozy continúa en la línea de François Mitterrand: veinte años antes, este había recibido un informe del historiador Jean-Noël Jeanneney sobre el bicentenario de la Revolución Francesa.

## MAYO DE 2012: UN BALANCE SÓLIDO PERO UNA HERENCIA EN SUSPENSO

Cuando Nicolas Sarkozy abandona el Elíseo el 15 de mayo de 2012 la preparación del centenario de la Gran Guerra ya está muy avanzada; en poco más de un año se ha realizado un trabajo importante. No solo existe un proyecto con un calendario preciso, sino que la estructura pensada para conducirlo ya está lista para funcionar.

Primero el proyecto. Lo esencial se encuentra en el informe que Joseph Zimet remite a Nicolas Sarkozy el 15 de septiembre de 2011. Titulado *Commemorar la Gran Guerra (2014-2020): propuestas para un centenario internacional*, este documento de 101 páginas se articula en torno a una idea central: la guerra de 1914-1918 debe ser conmemorada principalmente en el 2014. De este modo, pese a que no pasa por alto las celebraciones que pudieran jalonar los años 2015-2018, el informe Zimet propone que el «momento álgido de la conmemoración» tenga lugar en 2014, de nuevo siguiendo el modelo del Bicentenario, que concentró en el año 1989 las celebraciones de un acontecimiento que, no obstante, duró diez años.

En cuanto a las ceremonias directamente conducidas por el Estado, el informe destaca seis fechas solo para el año 2014:

El 28 de junio. Para el aniversario del asesinato del archiduque Francisco-Fernando, el informe propone la organización de un encuentro europeo en Sarajevo. Se sugiere especialmente la adopción por parte de los Jefes de Estado y de Gobierno europeos de una «declaración conjunta sobre la herencia europea de la Gran Guerra y sobre la paz».

2 y 3) El 13 y el 14 de julio. Después de una cena de gala y un concierto en la Sala Pleyel de París en el que se interpretará «una creación musical especialmente creada para la ocasión», el informe propone que los Jefes de Estado de los antiguos países beligerantes asistan al desfile de sus tropas sobre los Campos Elíseos. A continuación se sugiere la organización de un «desfile popular» en la misma avenida, animado por los célebres gigantes de la tropa nantesa Royal de Luxe. De nuevo un eco del Bicentenario, cuyo momento culminante había sido el espectáculo dirigido por Jean-Paul Goude en los Campos Elíseos en la tarde del 14 de julio de 1989.

4) El 31 de julio. Para el aniversario de la muerte de Jean Jaurès, el informe propone el descubrimiento de una nueva placa conmemorativa en el café Le Croissant, en París, donde fue asesinado el líder socialista, así como un homenaje en el Tarn, el departamento donde nació y su tierra de elección.

5) Septiembre. Recordando que el Marne fue el único lugar al que se desplazó el general De Gaulle con motivo del cincuenta aniversario en 1964, el informe propone una «conmemoración de envergadura» en torno al «lugar de memoria» emblemático de los inicios de la Gran Guerra. Se sugieren dos lugares: el monumento de Mondement y el memorial de Dormans.

6) El 11 de noviembre. Para concluir el apartado propiamente «estatal» de las conmemoraciones del Centenario, el informe propone la entrada en el Panteón del escritor Maurice Genevoix (1890-1980), como «portavoz legítimo e incontable de la primera *Génération du feu* (Generación del fuego)» y autor de *Ceux de 1914*, el «testimonio escrito sobre la Gran Guerra más memorable».

De estas propuestas, enviadas al presidente de la República el 15 de septiembre de 2011, presentadas en una reunión presidida por Henri Guaino algunos días después, aprobadas por Matignon el 11 de octubre siguiente, no se volverá a hablar hasta el fin del mandato de Nicolas Sarkozy, quedando desde entonces lo esencial del trabajo consagrado a las cuestiones operativas de la organización del Centenario. Para ello se organiza un «grupo de interés público» (GIP) bautizado «Misión del Centenario de la Primera Guerra Mundial 1914-2014». Su ámbito de actuación y su presupuesto se discuten a lo largo de varias reuniones interministeriales entre finales del 2011 y principios del 2012, y su creación la recoge una «orden» ministerial del 5 de abril de 2012, es decir, dos semanas antes de la primera vuelta de las elecciones presidenciales. Su presidencia se asigna al general Elrick Irastorza, el antiguo Jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra (2008-2011), la Dirección General a Joseph Zimet y la presidencia del Consejo Científico al historiador Antoine Prost – una decisión muy sensata que sitúa a la Misión al abrigo de cualquier tipo de sospecha, tanto en el plano científico como en el político.<sup>2</sup>

## SEIS MESES DE INQUIETUDES E INCERTIDUMBRE

En la larga marcha hacia el Centenario, las elecciones presidenciales del año 2012 suponen una pausa. Algo nada sorprendente por otra parte: nada más tomar las riendas del Estado, François Hollande y su equipo tienen otras prioridades mucho más apremiantes, incluso en el ámbito histórico-conmemorativo en el que el primer asunto a dirimir, eminentemente político, es el de la Casa de la Historia de Francia.<sup>3</sup> En cuanto a conmemoraciones propiamente dichas, el nuevo Presidente de la República considera que tiene ante él otras citas más urgentes, como el cincuenta aniversario del final de la Guerra de Argelia, al que aludirá de manera discreta pero clara con ocasión del aniversario de la manifestación del 17 de octubre de 1961.<sup>4</sup>

¿Significa el silencio de François Hollande al principio de su mandato respecto a la Gran Guerra una falta de interés por su parte? Sin duda no. En su imaginario histórico, la Primera Guerra Mundial ocupa en efecto un lugar especial. La familia del actual Presidente de la República, como la mayoría de las familias

francesas e incluso más que otras, se vio afectada por el conflicto: Plouvin, el pueblo del Pas-de-Calais donde vivían sus abuelos maternos, fue completamente destruido por los bombardeos alemanes en 1917, incluida la granja familiar. De niño, François Hollande también quedó marcado por los recuerdos de sus dos abuelos, ambos veteranos de guerra. Recuerdos de sufrimiento por parte de su abuelo materno, gaseado con gas mostaza en el Marne; recuerdos de valentía por parte de su abuelo paterno, ascendido al grado de teniente y nombrado caballero de la Legión de Honor en noviembre de 1917, tras distinguirse por su «sangre fría» y «valor» ante los alemanes.<sup>5</sup>

François Hollande ha manifestado su interés por la Primera Guerra Mundial, que le viene de la infancia, en dos ocasiones antes de las elecciones presidenciales: el 8 de septiembre de 2011, cuando aún no era más que candidato a las primarias socialistas, yendo a depositar una corona en la necrópolis nacional de Notre-Dame-de-Lorette, en el Pas-de-Calais, no muy lejos del pueblo de sus abuelos; más tarde, el 11 de noviembre siguiente, como hemos recordado antes, acudiendo a la necrópolis nacional del bosque de la Gruerie, en el Marne.

En base al compromiso de ese día a propósito del centenario («Deberá ser un gran acontecimiento, y corresponderá al próximo presidente organizarlo»), François Hollande habría podido, desde las primeras semanas de su mandato, hacerse con el informe para confirmar o, en su caso, aparcarse el trabajo iniciado con Nicolas Sarkozy. Sin embargo, se impuso una vía intermedia –como a menudo ocurre con el actual Presidente de la República– con la decisión de no disolver la Misión del Centenario creada por su predecesor, pero situarla bajo la tutela de una nueva estructura. Bautizada «Misión Interministerial para los Aniversarios de las Dos Guerras Mundiales», se debate el día del consejo de ministros del 3 de octubre de 2012, antes de ser creada oficialmente por decreto el 26 de noviembre siguiente. Su presidencia se confía a Kader Arif, Ministro Delegado de Antiguos Combatientes de Guerra.

La creación de esta nueva estructura genera de entrada intensas críticas. No obstante, el gobierno tiene un argumento *a priori* irrefutable: la necesidad de disponer de una instancia encargada de coordinar los dos grandes ciclos conmemorativos previstos en 2014, por una parte, el centenario de la Gran Guerra, por otra, el sesenta aniversario de la Liberación. Aunque se intente justificar en nombre del «sentido común», esta decisión no deja de ser vista por algunos como una maniobra motivada por consideraciones políticas y personales: en primer lugar, la voluntad del Ministro de Antiguos Combatientes de Guerra de recuperar el control sobre un dossier que se le había escapado desde el principio; en segundo lugar, el deseo del Presidente de la República de confiar a uno de sus fieles una misión susceptible, por su prestigio, de resarcirle por la frustración que hubiera podido sentir al descubrir la magra cartera que se le había otorgado en la formación del gobierno.<sup>6</sup> A esta sospecha se añade otra: el temor a que el Estado minimize la importancia del centenario de la Gran Guerra, diluya su singularidad, «confundiéndolo» con el setenta aniversario de la Liberación.

Desde que se conoce la decisión del gobierno, se constituyen dos frentes de oposición. En primer lugar, el de los parlamentarios. En las regiones más marcadas por el recuerdo del primer conflicto mundial, muchas personalidades de primer orden expresan su sorpresa cuando se enteran de que se van a unificar los dos aniversarios. Es el caso de Christian Namy, senador radical y presidente del Consejo General de Meuse. En una carta dirigida al Primer Ministro Jean-Marc Ayrault, el 5 de octubre de 2012, dos días después del dispositivo decretado por el gobierno con vistas al doble aniversario de 1914 y 1944, se muestra «especialmente inquieto por esta decisión cuando menos sorprendente». Califica de «inadecuada» la estructura prevista y teme que sea «causa de confusión para los franceses y para nuestros socios extranjeros», en la medida en que «lo que estaba en juego en estos dos acontecimientos no es, en ningún caso, lo mismo».

La fronda se produce también en las filas socialistas. Algunos parlamentarios no dudan en manifestar públicamente su desacuerdo con el proyecto del gobierno. «No veo qué relación hay entre 1914 y 1944. Dejemos que el centenario respire de forma autónoma», reclama Yves Daudigny, senador y presidente del Consejo General de Aisne.<sup>7</sup> En el departamento vecino de Marne, Adeline Hazan, alcaldesa socialista de Reims, defiende la misma posición: «Se corre el riesgo de enturbiar el mensaje. Es necesario preservar la especificidad del centenario de 14-18, sin intentar construir un programa global sobre las dos guerras».

A las voces de los parlamentarios se unen las de los historiadores. Nicolas Offenstadt es el primero en reaccionar. Profesor en la Universidad París-I, este especialista de la Primera Guerra Mundial y de su memoria, miembro del Consejo Científico de la Misión del Centenario, afirma sentirse «inquieto» por la decisión del gobierno, que califica de «regresión de la memoria». Para explicarlo expone cuatro argumentos. El primero es pedagógico: «Situarse bajo un mismo sello administrativo es arriesgarse a mezclarlas o al menos a hacer como si entre ellas existiera una continuidad. En una época en la que existe la preocupación por la desaparición del sentido del tiempo entre los jóvenes, ¿resulta esto sensato?» El segundo argumento es memorial: «Un centenario es un aniversario colosal, que eclipsa todos los demás. En 1989, celebramos el Bicentenario de la Revolución Francesa sin asociarlo a ningún otro acontecimiento», señala Nicolas Offenstadt, que añade un tercer argumento, de tipo estructural, asociado a la «gran vitalidad de la demanda social ligada a 1914-18», de la que es una muestra especialmente el éxito de los recuerdos de *poilus*,<sup>8</sup> la moda de los estudios genealógicos de las familias o la atracción del turismo de los campos de batalla. «Una demanda social semejante necesita una estructura autónoma», estima el profesor universitario, que señala finalmente un último problema: el riesgo de «confusión para los países ya implicados en la preparación del centenario, Alemania en particular, que no puede reconocerse en semejante mezcolanza».<sup>9</sup>

Frente a estas reservas, el Estado justifica su decisión. ¿Asociar los dos acontecimientos? A aquellos a los que esta asociación recuerda a una visión caduca, la

del general De Gaulle quien veía en el periodo 1914-1944 una especie de «guerra de los Treinta Años» y había por tanto decidido en 1964 conmemorar las dos guerras, el gabinete del Ministro Delegado de Antiguos Combatientes recuerda que se trata en realidad de una «tradición que va más allá de De Gaulle», y que «la celebración común de los dos aniversarios ya se había hecho antes, desde 1954, y después, hasta 1984». A quienes subrayan la importancia excepcional, por no decir exclusiva, de un acontecimiento como es un centenario, se les da otro argumento. Apoyándose en el entusiasmo suscitado en 1994 y 2004 por las celebraciones del Desembarco de los Aliados en Normandía, y anticipando el hecho de que en 2014 tendrá lugar la última conmemoración decenal en presencia de testigos de la época, el ministerio esgrime que no quiere un setenta aniversario de la Liberación «a la baja». «Será un aniversario muy importante desde el punto de vista emocional. Además, el aniversario del Desembarco tendrá lugar justo después de las elecciones municipales: para los nuevos alcaldes será la primera ceremonia que presidirán, por lo tanto, es importante», explica en aquel momento el gabinete del Ministro de Antiguos Combatientes, que asegura que «la polémica no tiene fundamento racional, en cuanto que es evidente que no se trata de negar la especificidad de la guerra de 1914».

Frente a las críticas, el gobierno decide de entrada calmar los ánimos. A decir verdad, tampoco tiene otra opción dado que la relación de fuerzas le es desfavorable: enzarzarse en una lucha con los parlamentarios de su propia mayoría sobre un tema como este resulta delicado. Y echarse encima a dos profesores de universidad conocidos por su compromiso de izquierdas habría tenido consecuencias deletéreas: después de haber denunciado durante cinco años el desprecio de Nicolas Sarkozy por el mundo de la investigación, los socialistas no están interesados en ser acusados de los mismos agravios cuando apenas llevan unos meses detentando el poder.

## 2013: EL ELÍSEO RECUPERA EL CONTROL

Sin embargo, estas palabras de apaciguamiento no acaban con las tensiones de inmediato. Hasta febrero-marzo de 2013, pese a una oficial «paz de los valientes», el Ministerio de Antiguos Combatientes y la Misión del Centenario se encuentran en efecto con todas las dificultades del mundo a la hora de trabajar de manera armoniosa, con la perpetua sospecha de la segunda de que el primero pretende pura y simplemente marginarla.

En este sentido, hay un hombre al que se acusa de esas intenciones: Serge Barcellini. Consejero de Kader Arif, buen conocedor de los engranajes del Ministerio de Antiguos Combatientes por haber ejercido en el pasado múltiples responsabilidades en su seno, este especialista de las políticas de la memoria no podía dejar de interesarse en la preparación del centenario de la Gran Guerra, ya que había



estado en 2008 en el núcleo de la organización del ochenta aniversario del 11 de Noviembre.<sup>10</sup> Su alegato, a principios del otoño de 2012, en favor de la creación de una misión interministerial de los aniversarios de las dos guerras mundiales parece por tanto muy interesado: esta estructura no solo es una forma de recuperar para su ministerio un dossier importante, también le ofrece a título personal la posibilidad de tomar el control sobre un trabajo que le interesa pero que, desde su puesta en marcha en 2011, se le había escapado en favor de Joseph Zimet.

A principios de 2013 la situación está totalmente bloqueada. Si bien, la cuestión es preocupante, ya que el tiempo apremia: en el Reino Unido, el Primer Ministro David Cameron ya ha consagrado un gran discurso al Centenario, el 11 de octubre de 2012, en el Imperial War Museum de Londres; en Bélgica, el Primer Ministro Elio di Rupo se dispone a presentar su hoja de ruta. Preocupado de dar la sensación de que Francia se retrasa, tomando conciencia igualmente de que, entre sus vecinos, la cuestión del Centenario está siendo dirigida desde las más altas esferas del poder ejecutivo, el Elíseo decide finalmente hacerse cargo de un dossier que, desde que fuera elegido François Hollande, se había gestionado a nivel ministerial. La decisión se toma al día siguiente de una reunión interministerial organizada en Matignon el 25 de febrero de 2013, en la que no está representada la Misión del Centenario pero en la que se discute un proyecto de una veintena de páginas que resume las ideas de Serge Barcellini sobre los dos aniversarios. Una reunión que prueba, como transmiten los miembros de la Misión al Elíseo, que sus temores, expresados algunos meses antes sobre la voluntad del nuevo gobierno de marginarlos, eran fundados.

Con la finalidad de desbloquear las cosas, en marzo de 2013 se pone en marcha un comité de dirección, bajo la presidencia conjunta de Sylvie Hubac, directora de gabinete en el Elíseo, y Camille Putois, directora adjunta de gabinete en Matignon. Los tres hombres fuertes de la Misión del Centenario, el general Irastorza, Antoine Prost y Joseph Zimet, forman parte del comité. El Ministerio de Antiguos Combatientes también está representado pero por Luis Vassy, el joven director de gabinete del ministro, recientemente nombrado en el puesto y ajeno, por tanto, a las tensiones de los meses anteriores. Serge Barcellini, en cambio, es marginado del núcleo del dispositivo. Tampoco hereda el secretariado general de la Misión Interministerial, para el que su nombre circulaba desde el otoño de 2012. La explicación del Elíseo a este alejamiento: «Era necesario engrasar los engranajes y trabajar prioritariamente, por lo tanto, con personalidades consensuadas.»

Una vez ajustado el dispositivo operacional llega el momento de los arbitrajes. La reunión decisiva sobre este asunto tiene lugar el 23 de mayo de 2013. Esa tarde, en el salón verde de la primera planta del Palacio del Elíseo, junto al despacho del presidente, se sientan junto a François Hollande el primer ministro Jean-Marc Ayrault, el ministro de defensa Jean-Yves Le Drian, el ministro delegado de antiguos combatientes Kader Arif, así como varios consejeros.<sup>11</sup> Esta reunión, que se alarga más de lo previsto (debía durar treinta minutos pero durará casi una

hora y media), es importante por dos cuestiones: en primer lugar, porque por primera vez permite a François Hollande y sus ministros definir los objetivos que asignan al doble aniversario que se celebrará en 2014; en segundo lugar, porque permite llegar a un acuerdo sobre las grandes citas que jalonarán el calendario conmemorativo en sí.

Sobre el primer punto, el Presidente insiste principalmente en la dimensión internacional que desea dar a las conmemoraciones. «Hay que invitar al mayor número posible de jefes de Estado y de Gobierno», dice. Resulta significativo que, no obstante, el único acontecimiento que cita en su introducción es el aniversario del Desembarco, lo que no es sino una manera de jerarquizar: si, por ejemplo, el presidente de los Estados Unidos o la reina de Inglaterra no tienen intención de venir más de una vez a Francia en el marco de las conmemoraciones, resulta evidente para François Hollande que deben hacerlo el 6 de junio de 2014. En cuanto a los objetivos propiamente dichos de la doble conmemoración, corresponde a Kader Arif, que toma la palabra tras el jefe del Estado, exponerlos. Son los siguientes: 1) un objetivo externo: la «proyección de Francia»; 2) un objetivo interno: la «unidad nacional», que el ministro relaciona con la noción de «orgullo», reconociendo que es una noción «nada fácil» de manejar; 3) mensajes específicos: la doble conmemoración debe ser el momento de insistir en el papel desarrollado en la época por las mujeres y los no metropolitanos, en la evolución del orden internacional (SDN, ONU) y finalmente en la idea de que la victoria de la nación fue también la victoria de la República.

Sobre el segundo punto, el del calendario, el esquema se inspira ampliamente en el que había propuesto Joseph Zimet en su informe dos años antes, aunque con algunos ajustes. En torno al 11 de noviembre de 2013, se añade un acto relevante con, de una parte, la intervención del jefe del Estado ante los diferentes actores concernidos (universitarios, medios, colectivos, etc.) y, de otra, un desplazamiento a Oyonnax (Ain) para el aniversario del desfile de los maquis del 11 de noviembre de 1943. Esta ceremonia, concebida por Serge Barcellini, es una forma de levantar el telón para los dos ciclos conmemorativos de 2014 alrededor de una fecha que tiene un significado para ambos.

Por lo demás, los cambios son marginales respecto de lo que se había propuesto dos años antes. A excepción del encuentro en Sarajevo, para el que ya no se habla de la implicación del jefe del Estado, el resto se mantiene. Para el 14 de Julio se propone ahora un desfile de banderas o de jóvenes que representarían a los antiguos países beligerantes, más que un desfile militar de aspecto demasiado marcial. Para el momento de la entrada en guerra, la idea es prolongar el homenaje a Jaurès del 31 de julio con la propuesta de guardar un minuto de silencio el 3 de agosto en todos los países concernidos por el conflicto si fuera posible, lo que a juicio del gobierno tendría el mérito de recordar la gravedad de la entrada en guerra sin reducirla exclusivamente a la dimensión franco-alemana. Finalmente, para el 11 de Noviembre no se decide nada oficialmente, especialmente sobre

la posibilidad de una «panteonización», prerrogativa presidencial por excelencia sobre la que François Hollande se guarda bien de hacer declaración alguna.<sup>12</sup>

## QUE TODO CAMBIE PARA QUE (CASI) NADA CAMBIE...

En la larga marcha hacia el centenario de la Gran Guerra, el año 2012 podría haber supuesto una ruptura real. Cuando entró en el Elíseo, François Hollande podría haber partido totalmente de cero sin tener en cuenta el trabajo ya realizado por su predecesor. Al final, no fue el caso: el equipo encargado de preparar la conmemoración al final del mandato de Nicolas Sarkozy todavía continúa, aunque pudiera dudar en algún momento de su continuidad. Lo mismo ocurre con el calendario de conmemoraciones: con algunos cambios menores, las decisiones tomadas en 2013 son las de 2011. Y, pese a la voluntad inicial del nuevo presidente de la República de dejar a su gobierno actuar con un mayor margen de lo que lo había hecho su predecesor, al final las decisiones esenciales se han tomado en el Elíseo. Esto no significa de ningún modo que François Hollande sea prisionero del sentido que Nicolas Sarkozy habría querido dar al Centenario. Pero muestra que en materia de política de la memoria, como en otros ámbitos, el «cambio» prometido en 2012 se ha acomodado en el continuismo.

Traducción de Eva Montero Sánchez y Hasan G. López Sanz

### NOTAS

1. En el campo de las conmemoraciones, las dos iniciativas más relevantes tomadas por Nicolas Sarkozy durante su mandato se han referido a la Segunda Guerra Mundial: la decisión de hacer leer en las aulas la última carta de Guy Môquet (2007) y la idea de confiar a cada alumno de CM 2 [Cours Moyen 2e année, equivalente a 5º de educación primaria. N. de los T] la memoria de un niño o niña francés víctima de la Shoah (2008). Por lo que respecta a la Gran Guerra, su único gesto original fue la «deslocalización» a Verdún, para el nonagésimo aniversario del Armisticio en 2008, de las ceremonias del 11 de Noviembre, tradicionalmente organizadas en los Campos Elíseos.
2. La elección del Presidente del Consejo Científico de la Misión del Centenario se enfrentaba a dos sospechas. En primer lugar, la del posicionamiento historiográfico. En Francia, durante los años 1990-2000, la Gran Guerra ha sido sin ninguna duda el objeto de estudio que más enfrentamientos frontales de especialistas ha suscitado. En este contexto de casi «guerra de trincheras entre historiadores» (*Le Monde*, 10 de marzo de 2006), la Misión del Centenario debía presidirla una personalidad de autoridad indiscutible. Antoine Prost, profesor emérito de Historia Contemporánea en la Universidad París-I, especialista en la historia social del siglo XX, presenta el perfil ideal: si alguna vez se decanta por alguna interpretación más que por otra, su rechazo a entrar de pleno en las polémicas, unido a su vasto conocimiento de los retos historiográficos ligados a la Gran Guerra, hacen de él una especie de «juez de paz», una garantía intelectual, por tanto, de gran valor para una conmemoración pensada desde el principio como un «momento de unidad nacional». La otra baza de Antoine Prost está relacionada con su compromiso político con la izquierda. Teniente de Alcalde con Jean-Pierre Sueur, alcalde socialista de Orleans de 1989 a 2001, crítico con la política educativa de Nicolas Sarkozy, apoya públicamente a François Hollande cuando este pasa por Orleans durante la campaña presidencial, el 9 de febrero de 2012. Al nombrarlo presidente de su consejo científico, la Misión del Centenario se protege de la segunda posible

